aquí por razones de espacio, sí gustamos de mencionar. Una de las más subidas de estas cumbres es la levantada por el filósofo español Xavier Zubiri, en 1951, en su Curso privado de lecciones en «La Unión y el Fénix» matritense, acerca de «Cuerpo y alma». Para el Curso 1951-52, Zubiri ha comenzado ya otro ciclo: «La libertad humana», esta vez en el local de «La Cámara de Comercio». Los nombres de estos establecimientos indican que, al menos en lo formal, existe una confabulación entre el practicismo contemporáneo y las más altas especulaciones de la ciencia filosófica. Y así como en el Curso «Cuerpo y alma» se expectó ante Zubiri un mundo de médicos, ante el actual se reúne un nutrido auditorio de juristas oído atento.

Algo habría que hablar del Congreso hispanolusoamericano de Derecho Internacional, organizado por el I. C. H. En él se tomaron acuerdos de gran importancia para la futura vida de relación entre las naciones de habla española y portuguesa, tales como la creación de un Derecho de Asilo, un acuerdo definitivo sobre la doble nacionalidad y, en el orden práctico, la creación de un Instituto de Derecho Internacional, con una Escuela de Funcionarios donde en varios cursos se acreditarán los hombres llamados a salvaguardar los intereses y las buenas relaciones internacionales hispanolusoamericanas.

Mucho más ha dado de sí 1951. Sin haber escogido siempre lo más importante, creemos dar al lector, sin mucho tiempo, una panorámica parcial y un poco apasionada del año visto desde la barbacana de la hispanidad. Deseamos para 1952 la crónica más optimista y verdadera de lo que va de siglo.

CELEBRACION EN WASHINGTON DEL CENTENARIO DE SOR JUANA DE LA CRUZ, por *José A. Sobrino, S. J.*

CUARENTA años tendría aquella monja del convento de las Jerónimas cuando escribía en su carta al obispo de Puebla de Los Angeles, disfrazada bajo el velo de Sor Filotea de la Cruz, este sabroso concepto: «En cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque, aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal.»

Este alfabeto escrito sobre el libro abierto de la tierra mexicana contiene páginas rústicas, como Nepantla, Chimalhuacán y Amecameca; páginas de encuadernación cortesana y palaciega, como las escritas en la mansión de las virreinas Mancera y Paredes;

páginas, finalmente, con calidades de manuscrito monacal, escritas en el silencio de una celda, laboratorio de la sabiduría.

Sor Juana Inés de la Cruz, nacida en 1651, «décima musa y poetisa americana», como reza la primera impresión de sus obras, hace sentir su voz en este tercer centenario de su nacimiento, en la ciudad de Wáshington, la de los oídos atentos. Unas gotas de la «fuente castálida», como se enuncia barrocamente en la edición de sus obras, han llegado hasta nosotros en el torrente de la actualidad americana.

Creo que ha habido una serie de celebraciones de carácter íntimo: cuando los hombres quieren comer con una motivación determinada, le llaman menú, y a su digestión, una celebración íntima. No he asistido a ese tipo de fiestas en honor de Sor Juana, sino a un par de actos de carácter literario, el uno en la biblioteca del Congreso y el otro en la Unión Panamericana. De esta manera, los locales escogidos—una biblioteca y una institución panamericana—venían a sintonizar exactamente con la personalidad de la monja, cuya celda fué una biblioteca de cuatro mil libros, y cuya poesía la flor más lírica del jardín colonial panamericano.

La celebración en la Biblioteca del Congreso, que tuvo lugar en el Coolidge Auditorium el 12 de noviembre, constituyó el acto oficial organizado por el Comité de homenaje. El programa, que contenía cinco puntos, se abrió con un exordio del director de la Biblioteca del Congreso, doctor Lutero H. Evans, que en breves palabras encomió la personalidad de la niña prodigio de las Américas, «the wonder child of the Americas», motivo para orgullo nacional de México y aun de toda la América española, verdadera piedra milenaria en los avances de la poesía lírica, dignísima, por tanto, de ser celebrada en la Biblioteca del Congreso, que tiene un deliberado y creciente interés por la literatura española del Continente.

Tras el doctor Evans, nos obsequió con su palabra doña Amalia de Castillo Ledón, presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres y decidida feminista, que subrayó la posición de Sor Juana en su mundo contemporáneo, como la de defensora de los derechos de la mujer, esa mujer que en su tiempo «ni sabía leer ni escribir; es más, que no podía aprender, porque le estaba vedado por la manera de entender la educación». La señora de Castillo Ledón cree que esta actitud tiene raíces moriscas más bien que españolas y que la actitud de Sor Juana preludia los avances del

racionalismo francés, constituyéndola en una defensora de las libertades humanas y no en una heroína de circunstancias.

El tercer orador, que centraba el quinteto parlante, era nada menos que un poeta, el poeta, es decir, el primer premio—1.000 dólares—del concurso abierto por la Secretaría de Educación de México para distinguir al mejor poeta continental sobre el tema Sor Juana Inés de la Cruz. Su nombre, Alfredo Cardona Peña; su obra, *Lectura de Sor Juana (El primer sueño que compuso imitando a Góngora)*.

El poeta nos regaló una maravillosa composición, en la que se muestra enamorado de la manera de Góngora, dándonos una versión de don Luis con fuertes trazos de paleta tropical. El poema termina con un «Envío a Miguel Cabrera (Quien en su lienzo inmortal de Sor Juana hizo reclinar la mano derecha de la escritora sobre un infolio abierto de San Jerónimo)».

Como tras de volar desciende el trino
A una vetusta rama silenciosa,
La blanca mano de Sor Juana posa
Sobre el texto jerónimo, su vino.
La mano de la monja duerme fino,
Y esto es poner rocío junto a glosa,
Paloma sobre trueno y flor en prosa,
Porque se ha reclinado en lo Divino.
Noche ese libro, y luna este diamante
De cinco lirios que el volumen sella.
Venid a ver la mano vigilante:
Tiene un rojo neblí por almohada,
Y la gracia del arte duerme en ella
Como en una Gioconda sosegada.

Tras este encumbrado poeta, el descenso al mundo real tenía que hacerse por un puente, y éste fué don Rafael Heliodoro Valle, luminaria mayor del firmamento literario de Wáshington, paradójicamente embajador de Honduras y de alturas... Don Heliodoro, que va del brazo de la literatura española en todas las aventuras de esta capital, hizo un elogio del poema de Cardona Peña, que fué en sí mismo un poema, hablándonos de que la inspiración de este poeta, hasta ahora oculta, constituía un «tesoro submarino» y que Cardona Peña «había sabido penetrar en la catedral de la sabiduría amorosa y descender a la mina escondida para discurrir con la lámpara de grisú de la inspiración por el laberinto de la mitología».

Las palabras del embajador de México, don Rafael de la Colina, que clausuraron el acto, constituyeron un tributo, casi diríamos oficial, de México hacia la monja «española en origen y edu-

cación y mexicana en personalidad y carácter, que supo encontrar la fórmula exacta de la finura, la delicadeza, la profundidad y la independencia de los estrechos moldes coloniales, constituyendo un símbolo y paradigma de la acendrada mexicanidad».

De la celebración de la biblioteca, en la que, como decía el embajador De Lavalle, se perdió un tanto desvaída la personalidad de Sor Juana—demasiados adjetivos para la monja sustantiva—, vamos a pasar al recién estrenado salón de la Unión Panamericana para asistir al acto inaugural de una exposición de libros sobre Sor Juana Inés de la Cruz, procedente de varios fondos, particularmente del de la Biblioteca del Congreso.

La colección de obras posee más bien un valor simbólico que real. No había ningún ejemplar de la edición príncipe y sí, en cambio, uno de la tercera edición, de 1692, impreso en Zaragoza; otro de la de 1709 (Valencia), de la de 1714 y 15, de Madrid, y otros más modernos. Las obras acerca de Sor Juana eran unos once volúmenes y una colección de catorce artículos, tomados la mayoría de ellos de revistas.

Con motivo de este acto inaugural, el doctor Ermilo Abreu Gómez pronunció una conferencia sobre la vida de Sor Juana Inés a través de sus retratos, que, en mi opinión, constituyó el momento más interesante de la celebración centenaria. El doctor Abreu Gómez, que es un especialista en Sor Juana, nos describió a la vez con palabras sugestivas y con ponderación de autoridad los problemas principales que plantea la vida de la monja jerónima y sus soluciones.

Su erudición abarcó un extenso campo, comenzando por la grafía de su nombre, que no debe leerse Asbaje, sino Asuaje, como ya apuntó Unamuno, ya que se trata de un nombre vasco (Asua, con la desinencia castellana aje). Sor Juana fué hija natural, como todos sus hermanos, ya que así lo declara su madre en el testamento, y, aunque la monja jerónima afirma que era hija legítima, bien pudiera ser esto porque ignoraba su condición o porque fué reconocida. El problema de su vocación religiosa parece claro, no obstante las encontradas hipótesis que se han formulado. Sor Juana no tiene vocación para el matrimonio, posee un ansia creciente de estudio y halla la solución, digna y cristiana al par, de entrar en un convento de Jerónimas, especie de cenobio laico, con aquella fuerte tradición de estudios que San Agustín imprimió en su regla. En este cenobio laico, su afán explorador de nuevos mundos intelectuales y su amistad con las virreinas le proporcionó medios para adquirir unos 4.000 libros, multitud de instrumentos físicos

y matemáticos y aun acumular un caudal de 8.000 pesos mexicanos, con el que se dedicaba a prestar dinero con interés, como todos los procuradores conventuales de aquel tiempo. A la edad de cuarenta y tres años, cuatro meses, cuatro semanas y cuatro horas—esto puede ser un humorismo del conferenciante, contagiado del número norteamericano—, murió Sor Juana Inés de la Cruz, después de haber sido obligada por el obispo a entregar todos sus libros, que fueron vendidos para socorrer a los enfermos. En todo lo anteriormente citado, ni quito ni pongo comas, sino que soy el eco del doctor Abreu.

Quizá lo más interesante de su conferencia fué la distinción de los tres momentos culturales en la formación de Sor Juana: el momento rústico o auditivo, en el que se cultiva la sensibilidad; el momento cortesano o urbano, en el que visualmente se enriquece el espíritu por el estudio, y finalmente, el tercer momento conventual, donde se cultiva el razonamiento que da estructura y profundidad al sistema.

Mucho se ha discutido sobre la dualidad de lo amoroso y lo religioso en Sor Juana. Sor Juana no es una santa, como Santa Teresa; es una mujer que quiere estudiar y que sabe conservar su decoro de mujer y de monja, sin entrar nunca en el castillo de las siete torres de la monja abulense. Su problema amoroso no tiene necesariamente que tener un objeto personalizado; Sor Juana no escribe un diario de sus experiencias eróticas, sino que más bien se sitúa en un estado cultural de enamoramiento, en el que inventa psicológicamente las situaciones, que posteriormente enriquece con experiencias literarias. Quizá a este estado natural erótico hay que añadir una nota que hoy día cabría dentro del marco existencialista: la nota de la angustia, de la ausencia, de una continua huída, de ser un fugitivo de las cosas, primeramente de la sencillez del campo; después, del gongorismo de la corte; últimamente, un fugitivo de sí misma. Hay solamente dos realidades inseparables para Sor Juana: Dios y la poesía.

Tal es la vida e historia de Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo tercer centenario celebramos. Ella quizá preludiaba la abundancia tropical que física y espiritualmente iba a ser la herencia de este Continente, en su rica personalidad de décima musa, alférez del feminismo, fugitiva del campo y de la corte, fuente castálida cuya corriente llega hasta nosotros.

José Antonio Sobrino, S. J.
Spanish Embassy.
WÁSHINGTON (U. S. A.).